

Reportaje

Breve hepato-exposición Dr. Rafael Polanco Delgado

La medicina, siempre ha estado y continuará estando en pleno periodo constructivo. En esta ocasión abordamos otro tema de sumo interés, el de las “Hepatitis”.

Sobre la mesa

Estamos hablando de todo tipo de inflamaciones del hígado que pueden acaecer en forma aguda, o incluso fulminante, y otras en cambio evolucionan lentamente y con deterioro progresivo. A veces el pronóstico es bueno, pero este órgano al que se le considera como uno de los más “pacientes” del cuerpo humano, es al mismo tiempo uno de los más “impredecibles”. Normalmente reacciona con suma rapidez, pero incluso en severas circunstancias y durante largo tiempo el enfermo apenas experimenta alguna molestia, por lo que tarda en acudir al médico; esto explica que con frecuencia, cuando se inicia un tratamiento, el proceso inflamatorio puede encontrarse ya en una fase irreversible.

Hablar de “Hepatitis” es abrir un auténtico cajón de sastre, en donde podemos tropezar con múltiples causas, que pueden oscilar entre procesos autoinmunes, diversos agentes microbianos, e incluso excesos en determinados consumos, y no rara vez con funestos desenlaces. Es decir nos encontramos en un escenario en el que pueden jugar un papel protagónico, tanto elementos exógenos, como endógenos y desviaciones conductuales en los que puede intervenir unas veces la inmadurez o la imprudencia, y otras también una falta de templanza.

En el desván

Si admitimos que las cosas se entienden mejor cuando uno ha logrado atisbar con cierta nitidez, cómo, cuándo y dónde se gestaron, me parece interesante conocer que pensaron nuestros antiguos bisabuelos, sobre el hígado y su enfermar, así como las vicisitudes del pensamiento médico a este respecto, hasta la actualidad.

Ciertamente, ya cuarenta o treinta siglos antes de nuestra era, era este órgano objeto de profunda atención. De hecho, el hígado se encuentra mencionado en tempranos escritos de nuestra cultura, es decir, entre sumerios, asirios, babilonios y egipcios. Desde tiempos inmemoriales e incluso antes que el corazón o el cerebro, fue valorado el hígado como órgano noble por excelencia, el órgano de la vida o incluso se le llegó a considerar como asiento del alma.

Intrigaba a nuestros ancestros que pese a ser importante, voluminoso y pesado, sin embargo carece de protección ósea, como por ejemplo el cerebro, encerrado en su cráneo, o el pulmón y el corazón, protegidos dentro de la caja torácica.

Durante la antigüedad una prueba del interés que suscitaba el hígado entre ellos, fue el amplio desarrollo de la “hepatoscopia” en el animal sacrificado. Examinando tres componentes esenciales, el experto intérprete observaba detenidamente: el aspecto de los lóbulos, la vesícula biliar y la vena porta, tratando así de obtener indicaciones de la voluntad divina. Después obraban en consecuencia.

Podemos también recordar la leyenda griega del titán Prometeo. Él fue quien robó el fuego a los dioses y Zeus, en venganza, lo encadenó a una roca en los montes del Cáucaso y envió un águila para que comiera su hígado. Como Prometeo era inmortal y debido a la rápida regeneración hepática, el castigo resultó eterno. Algo similar acaece en la leyenda de Ticio, otro personaje de la mitología griega; calificado como titán merced a sus descomunales proporciones y caracterizado por su desenfadada lujuria. Ticio era hijo de Elara, una de las múltiples conquistas de Zeus. Pues bien, éste, instigado por Hera, y a consecuencia de la aviesa intención de violar a Leto, hija de los titanes Ceo y Febe, fue condenado a yacer eternamente a merced de dos buitres que se alimentaban de su hígado.

Posteriormente, si nos ubicamos todavía en el siglo V a. C., ya quedó atrás la medicina empírica con sus ribetes mágicos y se abre paso la teoría humoral de Hipócrates de Cos (460-370 a.C.), siempre al unísono con las ideas filosóficas y los esbozos científicos de aquella época.

Algo más tarde, con Aristóteles (384-322 a. C.) se empieza a abordar por primera vez al hígado desde el punto de vista biológico. Entre los cuatro fundamentales “humores” del organismo, se admite, junto a la “*sangre*”, la secreción mucosa o “*flegma*”, la “*bilis amarilla*” (nuestra bilirrubina) y la “*bilis negra*” (nuestra biliverdina a consecuencia de la oxidación, a su salida del colédoco, de la bilis de color amarillo oro). Según el humor predominante, cada individuo respondía con un determinado temperamento y en consecuencia encontraremos temperamentos *melancólicos*, *flemáticos*, *sanguíneos* y *biliosos*. En forma paralela los griegos postulaban los cuatro elementos: aire, tierra, agua y fuego; las cuatro propiedades fundamentales: seco, húmedo, calor y frío; las cuatro estaciones anuales y las cuatro fases de la vida.

Trescientos años después, Celso (25 ó 30 a. C. - 45 d. C.) establece los cuatro signos fundamentales de toda inflamación: *calor*, *rubor*, *dolor* y *tumor*, aún vigentes. Posteriormente Galeno (131-200 ó 203 d.C.) añadió a los cuatro humores clásicos, el “*pneuma*”, al cual subdivide en tres espíritus: el “*espíritu animal*” residía en el cerebro y dirigía los movimientos y los sentidos; el “*espíritu vital*” radicaba en el corazón regulando el calor corpóreo y el curso de la sangre; finalmente Galeno atribuye al “*espíritu natural*” que anida en el hígado, y actúa regulando la producción de la sangre, la nutrición, el metabolismo y la secreción de bilis amarilla y de bilis negra. Esta última se dirigía al bazo a través de la sangre y la amarilla al intestino.

Hasta los siglos XVII y XVIII se defiende la autoridad de Galeno y persisten crasos errores e inexactitudes. Por ejemplo, todavía se pensaba que en el hígado se producía la sangre y aquí desembocaban los vasos quilíferos. Es en los últimos doscientos años es cuando se aclaran y comprenden las funciones hepáticas y se concibe su función en un sentido distinto de la teoría humoral. Para nosotros este órgano actúa como depurador y desintoxicante, participa en la composición de la sangre y en la hemostasia, también lo hace en la digestión, y produce y almacena energía.

Algunas particularidades

Hasta aquí hemos repasado someramente el papel del hígado en el pasado. Pero también puede ser interesante dedicar unas brevísimas líneas a su *desarrollo biológico*, es decir, a su pasado tras la fecundación.

Este órgano es en resumen, no otra cosa que una glándula tubulosa compuesta.

Se detecta en la 3^o semana como un brote endodérmico (el endodermo es la capa de tejido más interno de las tres en las que se dividen los tejidos del embrión) en la parte más caudal del intestino anterior en el mesenterio (membrana serosa) ventral. Se divide en 2 porciones: una cefálica grande que dará origen al parénquima (parte del tejido que hace del órgano algo funcional), a las vías biliares intra-hepáticas y los conductos hepáticos. De la porción caudal, que es más pequeña, derivarán la vesícula biliar y el conducto cístico. El mesenterio ventral dará origen al epiplón gastro-hepático, al peritoneo visceral del hígado y al ligamento falciforme o suspensorio del hígado, que le protegen y sustentan.

La *regeneración hepática*, que como hemos visto, tanto hizo sufrir a Ticio y Prometeo, es una respuesta fundamental del hígado ante el daño tisular. La compleja interacción de factores que determinan esta respuesta envuelve un estímulo, expresión de genes, síntesis de diversos factores de crecimiento, así como de la interacción de agentes que modulan la respuesta. A diferencia con otros tejidos capaces de regeneración, como la piel o la médula ósea, la regeneración hepática no depende de un grupo de células germinales (“stem cells”) sino que se produce por la proliferación de todas las células maduras remanentes. Algo así como un “autoservicio”.

Como ya se mencionó también los *excesos* pueden ocasionar graves trastornos en el hígado: exceso de comida, abusos alcohólicos, consumos de drogas, incluso las ansias desmesuradas de expansión, y otras. Cuando encontramos un problema de esta índole podemos pensar en una dificultad para medir, valorar, y discernir lo beneficioso de lo perjudicial. Esta situación puede indicar la presencia de un super ego excesivamente desarrollado.

Por otra parte, resulta interesante la *gestión del hígado en nuestros sentimientos*. En efecto, las principales emociones relacionadas con el hígado son la cólera y la ira, e incluso hay quien considera a este órgano asociado con las emociones primitivas y con la rabia; además se ha postulado que afecciones hepáticas como las hepatitis y otras más, podrían de alguna forma estar relacionadas con la represión durante largo tiempo, de la amargura y la tristeza. *Cuidar el hígado* significa moderar el hábito de quejarse y abandonar ciertos hábitos, conscientes de que ni la terapéutica, ni la prevención son una consecuencia, sino un complemento de la fisiopatología, fundada esta sobre el concepto de enfermedad, como una situación concreta de la existencia humana, en la cual se integran e interactúan al unísono el desorden orgánico y un “modus vivendi” determinado.